SEGUNDA PARTE

EL ADIOS

Llegó el día sábado 19 de julio, por la mañana mi mamá nos despertó con mucha prisa para salir, debíamos estar a tiempo para la misa. Había mucha gente en ese lugar, gente que yo jamás había visto en mi vida, y después de ese día hasta el sol de hoy tampoco los volví a ver. Todos llorando como si hubieran sido sus propias vidas las que estuvieran despidiendo en ese funeral, como si la muerte fuera un castigo, como si no fuera algo que ocurriera todos los días, como si la muerte no fuera realmente un despertar, como si la muerte, fuera algo para lamentar.

Hacían del ambiente algo tan tétrico, con gritos y desmayos, algo realmente terrorífico, que incluso mis hermanos, mi mamá y yo, terminamos haciendo parte del show.

Caminamos despacio, pesados, como si cada uno cargara una parte del cajón hasta llegar al cementerio, al lugar exacto donde quedaría reposando el cuerpo de Gonzalo, reducido al vacío, minutos antes estando todos reunidos a su alrededor escuche la voz de alguien que pregunto,

-alguien quiere verlo por última vez?

Sentí un escalofrío que me recorrió desde la planta de los pies hasta la punta de la nariz y de inmediato empecé a sudar frio mientras los latidos de mi corazón luchaban por escapar como perro asustado, contesté sin pensar pues de la respuesta silenciosa de todos los presentes, solo se escuchó mi voz impulsiva aceptar.

Lo vi, y su cuerpo inmóvil contaba muchas más cosas de las que hasta ese momento me había podido explicar, por ejemplo que para ese año 1997 Bogotá era un caos en carreteras, peor que el de ahora y que existía una guerra en las calles, la guerra del centavo, que los conductores de buses no tenían un salario y luchaban entre sí para recibirlo, que así acababan con muchas vidas a diario como con la de Gonzalo, que la avenida ciudad de Cali estaba en proceso de construcción delimitando los carriles con troncos de madera unidos entre si con alambres de púas, que ese hilo azul que le había visto antes a los lechones, era para que no se les saliera el relleno y que hasta el día de la muerte a la gente le gusta verlo a uno diferente, más "bonito", tapando las verdades inevitables.

Gonzalo tenía la cara reconstruida, lo atropellaron con un bus de transporte público, el conductor perdió el control por ir peleando con un colega, se subió al andén y lo arroyo junto con 10 troncos de madera que antes de impactar contra un poste que los frenó, habían desgarrado el 60% de su piel con alambres de púas. Tenía una línea negra horizontal que le atravesaba la frente de cien a cien, con pequeñas liniecitas verticales de hilo azul que le unían la tapa de los sesos con la cara y otras cuantas entre los labios haciendo el deber de cerrarle la boca que también se lograba ver azul detrás de una gruesa capa de maquillaje que intentaba disimularlo todo mientras sus ojos entre cerrados se llevaban con él, el deseo desesperado de hacer las cosas diferentes.

Le dije adiós y lentamente fue desapareciendo entre el agujero oscuro de cemento durante una hermosa tarde soleada.